La torre del Virrey
Revista de estudios culturales
40 (2026/2)

HENRY DAVID THOREAU, *Escritos morales y espirituales,* trad. de Diego Clares Costa, Trotta, Madrid, 2024, 220 pp., ISBN- 978-84-1364-216-1.

"Los que son más amados por dios —escribe Thoreau en su diario—, mueren realmente jóvenes, pero no lo hacen hasta que su vida ha madurado y sus años son como los de un roble".[1] El daguerrotipo que nos queda del filósofo de Concord, de 1856, muestra unas viejas facciones delineadas como la corteza del viejo árbol y una frondosa barba canosa que se extiende sobre el mentón como sus hojas. Sus pensamientos florecen desde sus labios y se propagan por todo su cuerpo, toman movimiento, se ponen en marcha, quizá hacia Walden o el monte Ktadn; una ligera sonrisa se esconde tras la foto y los enormes ojos miran el objetivo con amistosa serenidad, con cierta melancolía, con la ternura de alguien que ha escrito para la humanidad. Aquel día tenía 39 años, los mismos que Nietzsche cuando empezó a publicar *Así habló Zaratrusta* y un año más que Heidegger con *Ser y tiempo*. Si comparamos la mirada de Thoreau con cualquier fotografía de Heidegger, nos hacemos la idea del sentido profundo de la "filosofía como forma de vida". Si lo hacemos con la inquietud de Nietzsche tras sus lentes, quizá nos acerquemos al significado de la ciencia jovial. Thoreau murió a los 44 años, a la misma edad que el trágico colapso de Nietzsche y con solo dos años más que Kierkegaard. Murió en paz, de tuberculosis, revisando sus obras póstumas. Dicen que su última palabra antes de morir fue *indian*. A Nietzsche le quedarían unos años más, abandonada la razón, bajo la siniestra tutela de su hermana.

Disponemos en español de las obras completas de Nietzsche, debidamente traducidas y comentadas, y ya hace tiempo que conocemos la influencia de Emerson en su pensamiento; de Thoreau, sin embargo, con excepción de la rigurosa traducción de *Walden* por Javier Alcoriza y Antonio Lastra —han pasado ya 20 años— y de la recopilación y traducción de sus ensayos más notables por Antonio Fernández Díez y José María Jiménez Caballero, *Escritos sobre la vida civilizada*, las obras nos llegan pobre y fragmentariamente, más pendientes del efecto de su calidad literaria que de la profundidad de la obra. La traducción de Alcoriza y Lastra, realizada desde el mundo de la filosofía, se asienta en las consideraciones de Stanley Cavell en *The senses of Walden*, el mejor acercamiento filosófico a *Walden* hasta el momento. La obra de Cavell muestra el riesgo de proyectar nuestra imagen filosófica del mundo, asume una comunicación central del lector con la obra, subraya la importancia del capítulo 'Reading', permite florecer las palabras sin apropiárselas y constata que *Walden* es una obra perfectamente lograda, sin más afluentes o aliviaderos que el agua de lluvia. El mismo Cavell estableció, en otros lugares, conexiones entre Thoreau y Heidegger ('Thoreau piensa en lagunas, Heidegger en ríos') y propuso la relación entre Emerson, Nietzsche y Thoreau en trabajos y comentarios dispersos.[2]

[1] HENRY DAVID THOREAU, *Journal, volume 2: 1842-1848*, Princenton University Press, 1985, p. 201.
[2] STANLEY CAVELL, *Los sentidos de Walden,* trad. de Antonio Lastra, PRE-TEXTOS, Valencia, 2011. HENRY DAVID THOREAU, *Escritos sobre la vida civilizada,* trad. de Antonio Fernández Díez y José María Jiménez Caballero, In Itinere, Oviedo, 2012. STANLEY CAVELL, 'Thoreau piensa en lagunas, Heidegger

https://doi.org/10.66015/ltv.1881

Pero la insistencia en *Walden* como una obra filosófica no debe eludir el diálogo gentil con otras perspectivas, ya sea en ámbitos literarios, en la vida filológica (tan arraigada en Thoreau) o desde la propia filosofía. Este es el caso de la antología que nos ofrece la editorial Trotta, con el título *Henry Thoreau, Escritos morales espirituales,* bajo la edición, traducción y selección del investigador Diego Clares, doctor en filosofía con la tesis *La ética de Thoreau y su relevancia en la cultura global*. No podemos restar esfuerzo y entereza al editor, capaz de traducir y seleccionar fragmentos de un filósofo cuyo diario alberga más de dos millones de palabras y que todavía no se ha traducido correctamente al español. La antología viene precedida, además, por una larga introducción y una interesante bibliografía que recoge, entre otros libros, algunos que marcan la influencia de los clásicos orientales en el filósofo americano, la sorprendente lectura de Unamuno o los estudios de Laura Dassow Walls, la mejor biógrafa de Thoreau hasta ahora.

La selección de Diego Clares resulta sugerente tanto para el lector novel como para el investigador. Para el primero, porque la constelación de pensamientos puede dibujar un panorama general de las inquietudes de Thoreau, ya sea sobre mitología, religión, amor, leyes superiores, naturaleza o la expresada en su correspondencia con Emerson, su colega Harrison Blake o su hermano John entre otros; para el investigador, porque le permite calibrar el vigor y la realidad de una vida propiamente filosófica, y aquí creo que es donde Diego Clares acierta manifiestamente. Efectivamente, los fragmentos elegidos evidencian la actitud filosófica de Thoreau, no solo durante su estancia en los bosques, sino a lo largo de toda su vida. Así lo vemos, por ejemplo, en la entrada del diario fechada a 4 de octubre de 1859, cinco años después de la publicación de *Walden*.

> Solo cuando olvidamos todo nuestro aprendizaje, empezamos a conocer. No estoy más cerca, ni por un pelo, de cualquier objeto natural mientras asuma que me ha conducido hasta él algún hombre instruido. Para concebirlo con total aprehensión, debo aproximarme a él por milésima vez como si fuera algo totalmente extraño. Si os familiarizáis con los helechos, debéis olvidar vuestra botánica. Debéis deshaceros de lo que se denomina, comúnmente *conocerlos*. Ni una distinción ni un término científico particular son indispensables para tal propósito, pues de buen grano percibiríais algo y debéis aproximaros al objeto totalmente sin prejuicios (pp. 95-96).

En *La filosofía como forma de vida*, Pierre Hadot alude al pensador francés Henri Bergson en su defensa de la filosofía, no como la construcción de un sistema, sino como "la resolución, tomada de una vez […] de mirar ingenuamente en sí y en torno a sí".[3] Esta manera de mirar, ancestral como la mitología, la advertimos en algunos de los fragmentos que elige Diego Clares. "El paisaje, cuando se observa de verdad, afecta a la vida del observador. Cómo vivir. Cómo ganarse la vida. Como si le enseñaras al cazador joven cómo atrapar su presa […]" (p. 101). Una mirada jovial (palabra que ya usa Emerson), sencilla o genuina, es la exigencia de Thoreau para sí mismo y para un lector que, constituyéndose en comunicación central con el escritor, puede leer *Walden* desembarazándose de sus propios hábitos de pensamiento para volver al mundo con una mirada renovada.

El esfuerzo de Diego Clares no se limita solo a esta antología. En internet podemos encontrar gratuitamente sus traducciones, entre otras de *Historia Natural de Massachusetts*, *Manzanas silvestres* o *Tintes otoñales*, y enlaces de interés que nos

en ríos', trad. de Sergio García Guillén y Núria Molines Galarza, *La torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, 11 (2012/1), pp. 5-15.

[3] PIERRE HADOT, *La filosofía como una forma de vida, conversaciones con Jeannie Carlier y Arnold I. Davidson,* trad. de María Cucurella Miquel, Alpha Decay, 2009, pp. 189-190.

redirigen a The Walden Woods Project, web dedicada a la difusión de toda la obra de Thoreau. Vale la pena leer *Escritos espirituales y morales,* quizá como quien mira con ingenuidad un nuevo paisaje, sin prejuicios, recogiendo las ramas que nos servirán para calentar el hogar.

Jorge Juan Orts Fullana